

MERIDIANO DEL SUROESTE

ALMAGRO, BOEDO Y POMPEYA

Por ATILIO JORGE CASTELPOGGI

Como el humo de un cigarrillo que persiste más allá de su propia materia, el recuerdo nos persigue, hermoso e implacable cuando nombramos el sur de Buenos Aires. Es la cuota de nostalgia que nos hace falta para ser porteños hasta el fin.

Pero siempre volvemos a la infancia, al corredor familiar, a la esquina donde en una vidriera azul o en un cortado mágico nos remontábamos —aún nos remontamos— desde Discépolo hasta Heidegger. Para mí, Almagro, Boedo y Pompeya constituyen hitos de una realidad total, ese trozo de Buenos Aires hecho de muchas ciudades diferentes e iguales. Reconstruyo hechos que omi-

tiendo nombres —omisión que no haré— tienen la objetividad de todos. Las noches en el Gildo cuando el invierno pegaba su frente de escarcha en el amanecer, o el vino en las cantinas del Abasto con Mario Jorge de Lellis o Alejandro Lara hablando de María del Portón, de la metafísica "como un cross a la mandíbula" o de los goles que el domingo harían Pepino Borello o Valentín. Los ojos se hacen ríos llenos de pena por lo que se ha ido "siempre amamos lo que ya no existe y es demasiado tarde".

Almagro para mí es recorrer boliches, cafés, transitar por Medrano y situar el tiempo. Que importa que su

ALMAGRO: Avenida Juan Bautista Alberdi al 400; esquina Beauchef





Vista de la calle Boedo, allá por el 30

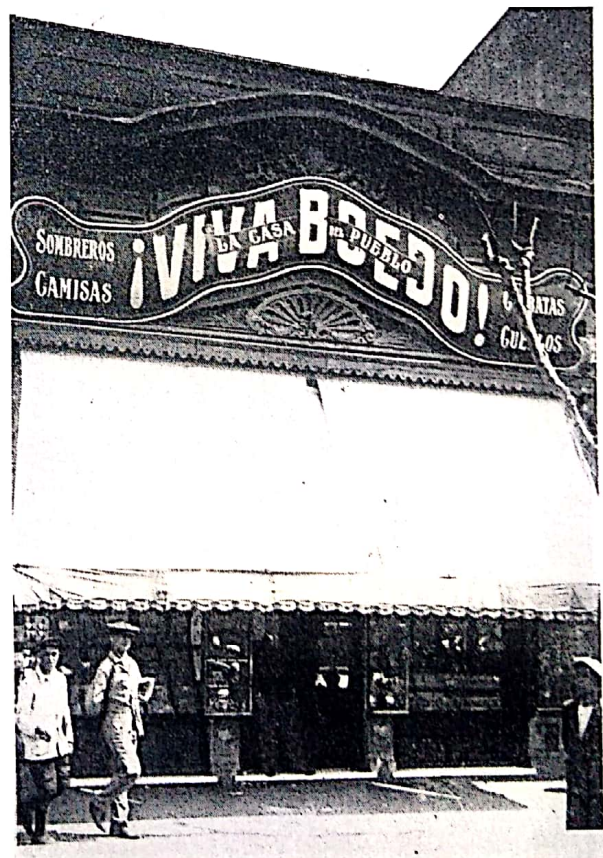
BOEDO: Casa de comercio

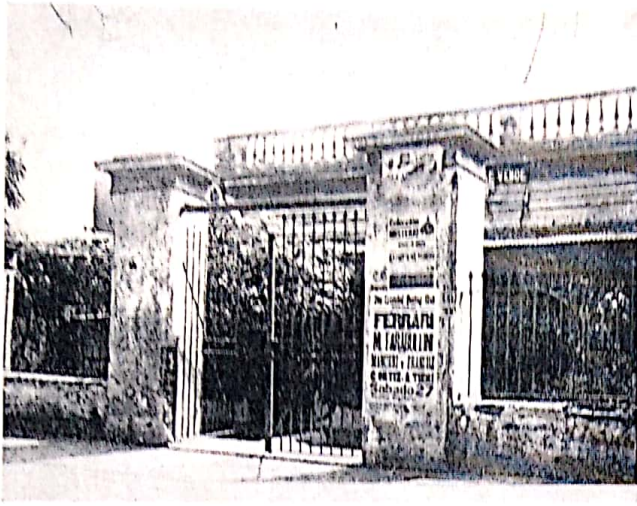
nombre no se deba al compañero de aventuras del conquistador del Perú y sí a un amanuense del marqués de Loreto, porque lo que interesa es estar ubicado en el mito, porque además un barrio más que un lugar geográfico es una mitología del corazón como un tango de Cobián o de De Caro.

La crónica nos dice de su fundación y de su ingreso al egido urbano que agrupaba la mente trastocada de Rivadavia, allá por el año 20 del siglo pasado. Pero su esplendor data de mucho más adelante, cuando el repechaje adusto de la porteña emitía su coro polifónico de progreso en los asombrados pájaros que emigraban desde ese, por entonces, transpatio de la pampa.

Luego llegaron los cuarteadores de cornetín fiestero y pantalón apretinado y ya también antes y durante los tramways que supieron de la electricidad, las historias de amor en las rejas de las quintas o en los zaguanes taciturnos y sensuales (pedazos de sombras para el amor), principios del siglo nuevo, años del centenario, presidencias de Yrigoyen o era de Discepolón; cuando los horizontales y los ascensores que ascienden y descienden como termómetros tomaban la temperatura de la nueva Babilonia que reemplaza la aldea grande de Mansilla o de Cané.

Los porteños somos evocadores como las serenatas, por eso me gusta abrir el álbum y como en un film de revisión somos capaces de imaginar a Carlitos "Señora que poca vergüenza vestirse de blanco después que





BOEDO: antigua casa de Cullino, en la calle Independencia 3549.

pecó" en los viejos rincones de la noche que no compartimos entre el hacnamiento del mercado, especie de ciudad china donde pululan personajes que pueden ser de todo el mundo.

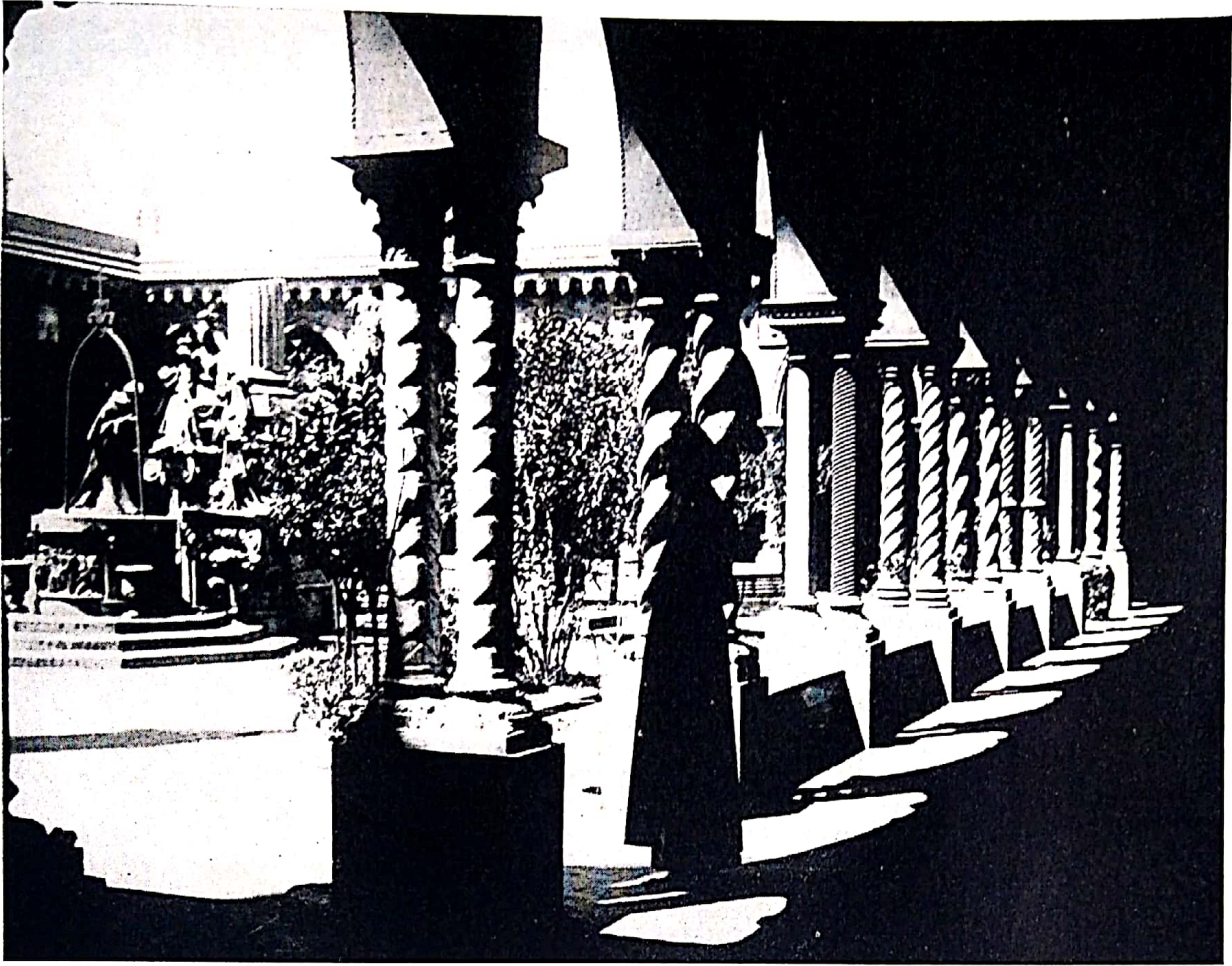
Pero para el abanico de nuestros ojos y para nuestra pasión de caminadores sin destino fijo, Almagro resulta una calle donde Belgrano se achica y Yapoyú fija su angostura camino hacia San Carlos, que aún continúa exhibiendo en sus campanas y en sus gestos adustos salpicado de vitreaux, la visualización de presencias de otras épocas, o aquella casa suntuosa que cortaba la Avenida La Plata a la altura de Rivadavia en cuyos jardines plantas tropadoras construían las estrofas del Himno: "Al gran pueblo argentino Salud".

Pero mi barrio-barrio es Boedo, es "San Juan y Boedo y todo el cielo", como en el tango inmortal de Manzi y Troilo que dejó grabado Rivero para siempre. Un núcleo esencial que avizora todo Buenos Aires de donde se desprenden las demás partes de esta ciudad que quiero como si fuese un amante, un amor lleno de dulzuras, de ansiedad y cansancio al que se llega demasiado temprano o demasiado tarde. Calle que tiene una historia como todos los seres y las cosas de este mundo sobre las piedras del tiempo. Pero superpongamos imágenes. Siglo 19, la aldea mira con lejanía estas zonas de andurriales que se agostaban hacia el paso de Burgos hoy Puente Alsina o Puente Uriburu, donde el Riachuelo se interna como un vaciadero abierto del Río de la Plata.

Fotos: LYDIA MARQUEZ

"San Juan y Boedo y todo el cielo..."





Galería interior de la Iglesia de Nueva Pompeya

**LA INSTITUCION BANCARIA
MAS ANTIGUA DEL PAIS**

*Desde 1822 está apoyando el
progreso nacional con su amplia
línea de créditos y los más
modernos servicios bancarios.*

**ABRA SU CUENTA EN CUALQUIERA
DE SUS CASAS**

 **BANCO DE LA
PROVINCIA DE
BUENOS AIRES**

Precisamente en la esquina en que hoy se sitúa el Nuevo Banco Italiano la leyenda afirma que tenía su casa de campo el mazorquero Cuitiño. Un San Juan y Boedo que se esfuma en los ecos lejanos de alguna incierta evocación. Pero de todo esto queda sólo el recuerdo de un valiente que murió cara al sol ante un pelotón gritando su pasión y su creencia sin renunciamiento allá por el '53, algo después de la batalla de Caseros cuando aún las lentas ganaderías pisaban las guitarras quejumbrosas de Santos Vega: "No me entierren en sagrado donde una cruz me recuerde".

Después llega el ochenta cuando Avellaneda federaliza esta Santa María de los Buenos Aires y Boedo es algo así como circunvalación de este predio, camino obligado de los que venían del sur, camino real antes de ser barrio.

Tiempos de Gabino y Bettinotti payadores que amenizaban las reuniones bravas en los atrios electorales o en los remates del 1905 cuando los lotes valían un patacón por m²., desde Caseros al norte adelante de los Corrales viejos, lugar de matarifes, de visteo y corte. Esto fue cuando la ciudad junto al río inmóvil de Mallea crecía en sentido inverso hacia el oeste hurtándole a la pampa leguas de verde y de descanso, y entre los baldíos surge el empedrado de los inmigrantes con su porción de cal y de ladrillos que levantan casas como muelles inmóviles, casas petizas de tapias, patio de glicinas y paredes de rosales con la sala en el centro del patio y el fondo de gallinas o la quintita propia. También se aposentaron las pequeñas fábricas de una industria incipiente, la del calzado, que sumó al cuero aborigen el

scarpato ilustre que había traído el oficio del lejano paese junto a su ración de pan y sueño para hacerse la América.

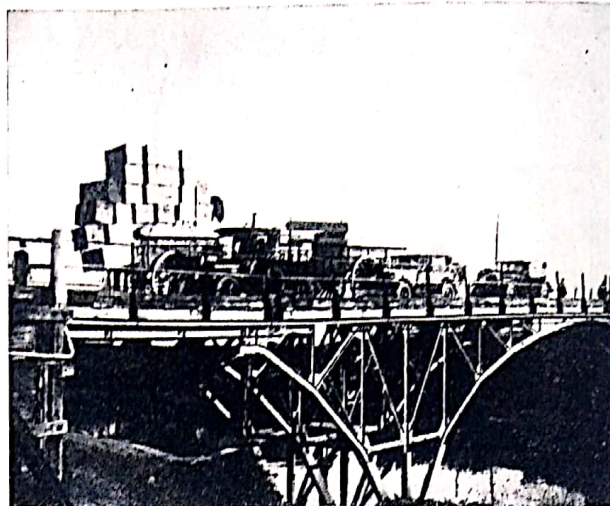
Y vinieron las piedras en las calles y los cafés famosos, El Aeroplano, donde el suburbio hacia su centro; El Dante nombrado por el "Zorzal Criollo": "Preparate pal domingo/si querés cambiar la suerte" lugar de reunión para festejar una imperdible, "porque esos datos sólo se brindan por amistad" o las peñas del Bar Atlántico conducidas por González Castillo, o a la altura del 800 la imprenta de Ragno donde se imprimían los Pensadores en el siglo de oro de nuestras letras, la década del 20 al 30; "épocas de viejas magias que no vivimos pero nos pesan en la memoria y alucinan los ojos".

Hoy está cambiado el barrio, pero a pesar de todo, en Carlos Calvo, la vieja Europa que memora Nicolás Olivari en su inmortal almacén, gatea algo de lo que fue, alguna pared o una piedra fundamental hecha adquin de calle y, aunque entre éstas se superpongan casas estilo petit-hotel o departamento que no quieren transformar la vieja Buenos Aires de Romero o de Le Pera, en urbe neoyorquina, repetimos que se percibe detrás de la neblina algo de lo que fue, un espíritu, un lejano sabor. Y aunque por los baldíos de la calesita, la sortija y el caballo aburrido de girar su propia vida, se afirmen sólo en la existencia de lo imaginario, vuelven aún, seguirán volviendo, entre los gangosos acordes de un decariano dos por cuatro, los misterios de este barrio.

Porque no todo se ha ido, y los seres que la habitan no son tan distintos si buceamos más allá de lo superficial, si nos ahondamos en su sangre y en sus sueños. La fachada de lo material sigue su avasallante progreso, pero tras la epidermis, en la claridad desnuda, cuando las barreras de la incomunicación se superaban, cuando se cae en la amenidad del diálogo y se sinceran las pasiones ocultas, surgen los antiguos prestigios del hombre y se inauguran las maneras de tocar a la ilusión —como antes— en una taza de café, en una mesa de billar o simplemente en mirar el porvenir de la ceniza disuelta de un pucho abandonado.

Y volvemos a la calle —alto recinto de la ciudad de Todos— a la calle y al souvenir de la noche, maravillosa, misteriosa y entregada, y en el deambular como quien despunta un naipe descubrimos otra vez las figuras familiares, una campana, la del reloj de Calasanz que nos sumerge en la lejana quietud de balancear el milagro de haber nacido sobre el perfume dulce de estas calles: Constitución, Mármol, Garay, Castro Barros, Inclán... y no poder perder el recuerdo jamás como una magia de esta ciudad ceniza donde la nostalgia es el tema más hermoso para sólo parecernos tristes. Solía decir Raúl González Tuñón: "Estar triste tal vez sea una manera elegante de ser alegre". Quizá esa elegancia sea nuestra aristocracia popular, algo que deberíamos comprender mejor, y defenderla porque es el blasón que orgullosamente nos distingue.

Y así como en el viaje último de la memoria, nos llegan aquellos versos para cantar "San Juan y Boedo antiguo/y todo el cielo/Pompeya y más allá la inundación" de nuestro Homero, y caen una a una las gotas azules del atardecer "Tu melena de novia en el recuerdo/ y tu boca temblando en el adiós" y por Boedo abajo llegamos a Sáenz para evocar las chatas cadeneras de tres caballos, ese "Barrio de tango/luna y Misterio" el puentecito distante hoy transformado en un monumento colonial y ese riacho con overol, la iglesia de los milagros y la quema como un trasfondo entre la policromía de un ámbito para Gaugin, Soldatti y las villas jardín con sus distintivos de miseria sobre este otro Buenos Aires, como una expresión de protesta y de ver-



Puente Alsina (1938)



Nueva Pompeya: fachada de un antiguo almacén

güenza donde podemos ver también los viejos galileos rotos pero puros esperando con las manos maniatadas de pobreza. Barrios del Sur de luna y conventillo, de terraplén y a veces visiones de pampa, que se agostan en el alma casi como una oración de Carlos de la Púa. Si San Telmo fijó la Fundación cuando, como dice Borges "Ayunó Juan Díaz y los Indios comieron", mis barrios tienen la cuota de sudor y lágrima del inmigrante y sus hijos en los cuales me cuento, un himno al trabajo ("Al sur de Buenos Aires donde la gente humilde trabaja") con un gusto a tango, a Malenas, a bandoneones mágicos como el de Pichuco o Pancho o tenues violines como aría de arrabal desprendida de Julio de Caro o Franchini.

Y reitero mi pasión de caminador entre las luces en sombra de la noche imaginada para reencontrar viejos amigos, viejas paredes, silencios que hablan, la novia más lejana o el poema olvidado.

Calles del suroeste, Almagro, Boedo, Pompeya. Las amo porque son como yo/una substancia tirada en el bullicio en soledad/una parte de mí mismo y de todos/ Un vagabundear pintado de infinito/una rabia y una gran esperanza.

Siempre comienzan en el fervor de un destino/y siempre, siempre terminan en una cita/o simplemente caminando por el nombre de un recuerdo.